

ÁLVARO BERMEJO

EL LABERINTO DE  
LA ATLÁNTIDA

XIX PREMIO LUIS BERENGUER

algaida



Un jurado compuesto por Javier Puebla, Ángela Vallvey, Andrés Pérez Domínguez, Eugenia Rico y Manuel Hidalgo, concedió a la novela *El laberinto de la Atlántida*, de Álvaro Bermejo, el XIX Premio de Novela Luis Berenguer, convocado por la Fundación Municipal de Cultura del Excmo. e Ilmo. Ayuntamiento de San Fernando, con la colaboración especial de Unicaja Fundación.



Primera edición: 2010

© Álvaro Bermejo, 2010  
© Algaida Editores, 2010  
Avda. San Francisco Javier 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
Composición: Grupo Anaya  
ISBN: 978-84-9877-465-8  
Depósito legal: M-30.778-2010  
Impresión: Lavel Industria Gráfica, S. A.  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Sé que la prueba puede presentarse bajo cualquier disfraz, aun en el mundo físico, como un golpe entre los ojos o algunas líneas garabateadas a lápiz al dorso de un sobre olvidado en un café. La realidad oculta puede estallar en cualquier punto, arriba o abajo, no tiene importancia. Pero, sin ella, nunca resolverás tu enigma. Podrás viajar alrededor del mundo y colonizar los remotos extremos de la tierra con tus palabras. Pero jamás escucharás el canto.*

LAWRENCE DURRELL, «Clea»



**M**AYO DE 1968. NO, NO ESTOY EN PARÍS ENFRENTÁNDO-  
me a las cargas de los mamelucos en el Boulevard des  
Capucins, sino a más de diez mil kilómetros de dis-  
tancia de las barricadas, conduciendo un viejo Pontiac desca-  
potable por la infinita serpiente de asfalto que se prolonga des-  
de Vancouver a Los Ángeles. Acabo de poner fin a nueve meses  
como *schollar* en la universidad canadiense y voy a pasar un  
año en una cátedra similar en la meca de la liberación sexual,  
en Berkeley-California. No me fío de los tópicos. Por si acaso,  
en el asiento de al lado llevo una chica bastante espectacular. El  
viento que azota su melena forma parte del guión. A retazos,  
me descubre su mirada. Esos ojos gris violeta, preciosos, gran-  
des, ligeramente almendrados, añaden una nota de misterio a  
un rostro que, sin ellos, es tan regular que corre el riesgo de ser  
perfecto.

¿Queréis que entre en detalles, así, de buenas a prime-  
ras? Vale, soy un hijo de papá educado en colegios caros donde  
adquirí unas calificaciones de tercera y una presuntuosidad de  
primera. Mi padre invirtió una fortuna para comprarme un tí-  
tulo de prestigio en Oxford, a la altura del ilustre apellido de

los Ariza. Verdaderamente, lo logró. Cuando salí estaba a doce chicas de distancia de la virginidad y me había constituido un carácter entre imprevisible, *snob* y escéptico que combinaba muy bien con mi licenciatura en Clásicas. Entonces estaba demasiado verde para saber que todo escepticismo oculta una incapacidad para afrontar la vida tal como es. Pero a mí me funcionaba. En la España de los 60 no abundaban los licenciados con un toque *british*. Menos aún agendas como la de mi progenitor, capaz de garantizarme una plaza en cualquier universidad privada de Europa o América, por más alto que fuera su precio. No he dicho aún que mi ciudad de nacimiento fue San Sebastián, más concretamente el San Sebastián de la Dictadura, donde el general Franco anclaba todos los veranos su barquito de juguete, el «Azor», al que comparecían todos los oligarcas del país ya con el anzuelo en la boca. Si mi deplorable ciudad balneario se me había quedado pequeña, ¿qué decir de la deprimente vulgaridad de Madrid, o de Londres, la capital de la muerte gris, o de la isla ballenera de Vancouver? Cetáceos por todas partes, hasta en la cama. En diez años de vagabundeos académicos mi sensación dominante no era el extrañamiento, ni siquiera el desarraigo. Yo ya no era un ser sin raíces, sino algo incluso peor, era un ser sin especie.

Pero estábamos en ese tramo de la carretera transamericana, con una canadiense con un punto de niña perversa a mi lado y el sol poniente rompiendo en el parabrisas de mi Pontiac, una panorámica muy propia de mi particular «On the road». Apenas nos restan unos kilómetros para entrar en el estado de California. El mar incendiado de naranjas eléctricos y esa banda de playa entre palmeras nos sitúan en la postal que venimos buscando. No recuerdo bien qué música sonaba en la radio, tal vez algo de Creedence Clearwater Revival. Marie ta-

rarea su «Run to the Jungle» con su incorregible acento francés. Pero, en eso, nos encontramos con una escena como recién salida de la Biblia.

Hasta donde se pierde la vista, toda la playa se ve tomada por una marea de personas con túnicas bastante ajadas de todos los colores. Quienes las llevan encima, aunque parecen *cherokees* de largas melenas, collares de piedras aún más largos y flores en el pelo, son todos blancos, tan genuinamente *wasps* como yo. Cierran un círculo enorme en torno al logo de «Haz el amor y no la guerra». Se les ve muy serenos, tal vez bastante colocados, pero en su actitud hay algo de rebelión. No es que sea un observador particularmente perspicaz. Sucede que detrás de esa muchedumbre de tipos raros hay una barrera de coches-patrulla, y en cada uno de ellos un agente que asoma su fusil por la ventana. Hasta ese día, del mismo modo que no había tenido ningún encuentro con la marihuana ni con el ácido, tampoco había escuchado la palabra *hippie*. Me la escupió un sargento tan corpulento como una *big wopper*, cuando me detuve para preguntarle quién demonios era esa gente. Bueno, en realidad el poli que no dejaba de mascar chicle bajo sus Ray-Ban escupió *fuckin' hippies* —«jodidos *hippies*»—. Esa fue mi bienvenida triunfal a la revolución en el más genuino estilo californiano.

—*Je t'avais dit, c'est un autre monde* —masculló Marie—. Te lo dije, esto es otro mundo.

Naturalmente, lo decía por ella. Con su pinta de Jane Birkin adolescente y envuelta en ese perfume francés, tan tenebroso que parecía ácido fénico, era un arquetipo perfecto de las modositas muchachitas que creían estar haciendo algo parecido en Saint Germain-des-Près. Echad un vistazo a las fotos de

época. Los chicos del Mayo del 68 todavía llevaban corbata, mientras que las chicas aún no sabían lo que significaban unos *jeans* bien ceñidos y mejor gastados, casi rotos, perfectamente desafiantes. En Europa hacían la revolución citando consignas de Sartre, en América acababan de asesinar a JFK y a Martin Luther King. Su guerra no era una batallita de bulevar contra las mangueras de De Gaulle. Empezaba con los disturbios raciales que convulsionaron ciudades como Chicago o Detroit, y apuntaba a un horizonte de estricto *Apocalypse Now* bajo el napalm de Vietnam. Recordemos el reto de Lacan contra los estudiantes que se manifestaban en París: «Como revolucionarios sois unos histéricos en busca de un nuevo amo. Y lo tendréis». Salta a la vista que lo tuvieron. El ogro filantrópico se los comió por los pies mientras gritaban aquellas consignas imbéciles: «Seamos realistas, pidamos lo imposible» o «Bajo los adoquines aparecerán las playas» y cosas así. ¿Sabían entonces aquellos incendiarios de opereta lo que estaba sucediendo en esa otra playa al otro lado del Atlántico, en la playa de Venice-California?

Aquellos  *fucking hippies* sí que eran los heraldos de una nueva era. Y es que en California, si eras radical, tenías que serlo a muerte. Como cabía esperar, Marie quedó fascinada. Antes de que me diera cuenta, ya había sacado su cámara y avanzaba descalza playa adentro con su prodigiosa habilidad para meterme en líos. Había nacido con un aura natural de sexualidad, tenía un cuerpo delgado y andrógino, y una forma consciente de caminar que hacía que los hombres se fijaran en ella, y ella lo sabía. Me encantó cuando se acostó conmigo por primera vez y solo a la mañana siguiente me pidió permiso para hacerlo. Los problemas comenzaron poco después, cuando advertí que funcionaba así en todo. O sea, que le encantaba hacer cosas y solo después encontrar un motivo para justificarlas.



Igual que entonces. El ambiente que se respiraba en aquella playa le atraía como a una mariposa el agua azucarada. Y eso era suficiente. Alguien estaba leyendo un manifiesto contra la masacre de May-Lai megáfono en mano. La gente gritaba consignas contra Nixon, la cosa fue subiendo de tono hasta que, de pronto, se oyeron unos disparos. Quiero pensar que la policía disparaba al aire, pero no sé. Un mes atrás, en la ciudad de Newark —Nueva Jersey—, murieron tiroteados, a golpes de macana o aplastados por los caballos de las «fuerzas del orden» una treintena de manifestantes. Los *hippies* de California estaban informados. Un disparo más y toda la horda se nos vino encima huyendo en desbandada, pero Marie seguía rodilla en tierra haciendo fotografías, como si la carga policial no fuera con ella. La cogí por la cintura y la arrastré conmigo. Corrimos desesperadamente, tropezando y cayendo y volviendo a caer entre un montón de gente que gritaba presa del pánico, entre los golpes de la policía y las balas que silbaban sobre nuestras cabezas. Fue un milagro que consiguiese arrancar el Pontiac apenas salté sobre mi asiento, tras lanzar a Marie por encima de la puerta. Media hora después ya habíamos salido de la pesadilla y mi «Hanoi Jane» particular volvía a sonreír meneándose y batiendo palmas con otro Marlboro entre los labios, mientras escuchábamos lo último de Jim Morrison, «Light my fire», ya con el Golden Gate a la vista.

Vale, ya os he contado cómo fue nuestro bautismo de fuego antes de sentar plaza en Berkeley. ¿Por qué tenía que contarlo? Creedme, era imprescindible para entender bien el sentido de esta historia.

Acabábamos de dejar las maletas en un hotel de Álamo Square, la colina de las casitas de muñecas, y bajamos al dis-

trito del puerto. Nos merecíamos una cena romántica con vistas a la bahía. Es posible que aquel restaurante griego no fuera una casualidad. Todavía recuerdo su nombre —el Kouneillis—, pero me impresionó más el cambio de *look* de Marie. La sofisticada francesita con pinta de niña vapuleada se había convertido en una radiante chica *flower-power*, seguramente solo por la frivolidad de estar a tono con nuestra nueva ciudad. Marie tenía, además, una notable capacidad para emitir fugaces destellos de verdad en los momentos más inconvenientes. Y aquel fue uno de ellos. Al poco de descorchar el vino, murmuró algo elogioso, me brindó una leve sonrisa y suspiró diciendo:

—Mi madre nunca estuvo enamorada, ¿lo sabías?

Tragué el pedazo de no sé qué, y respondí con otra pregunta:

—¿Nunca?

—No, nunca —insistió poniendo los codos sobre la mesa y apoyando la barbilla en sus manos—. Mi padre no era la gran pasión de su vida. Él lo sabía, ella lo sabía. Pero, de todos modos, la verdad es que no les fue mal.

Dicho esto, apuró un sorbo de vino y yo seguí maravillándome al constatar lo bien que encajaba Marie en este mundo de velas, mantelerías exquisitas y plata del restaurante, con la oscuridad y el mar al otro lado de las ventanas. Lo escribo en pretérito porque, aunque viajáramos sobre un pacto tácito de vivir una temporada juntos, lo cierto es que nuestra relación atravesaba por su peor momento. Posiblemente la culpa la tenía mi escepticismo congénito. Durante toda mi vida había estado huyendo de todo lo que odiaba, pero aún no había encontrado lo que amaba. Y Marie lo sabía mejor que yo.

—Mi madre ha vivido siempre rodeada de comodidades, pero nunca ha conocido una gran pasión. A veces la veo como

una pantera del zoo —añadió, apurando otro trago—: ha llevado una vida muy espectacular, pero nunca ha podido correr de verdad. De acuerdo, la pantera está viva y goza de buena salud. ¿Pero qué pasa con todo lo demás?

—¿Lo dices por tu madre o por nuestra discusión de hace dos días?

Su pregunta cayó sobre un exquisito plato de ostras gratinadas con muselina de trufas. Casi me dolió estropear ese manjar con el resentimiento mutuo que todavía llevábamos dentro.

—Vale, de acuerdo, no entremos en eso... Pero lo que acabas de decir es una ingenuidad: te asombrarías de la cantidad de personas que nunca se han enamorado. Y en cuanto a tu madre... Bueno, ¿quién dice que la vida es fácil?

—No lo dirás por ti, ¿verdad? Desde que te conozco vas por la vida creyéndote Aladino sobre la alfombra voladora y haciéndome creer que el amor es un anuncio de Coca-Cola.

—Vaya, veo que la escena de la playa te ha pegado fuerte. O sea que esperabas de mí algo más «auténtico», ¿no?

—Tú no eres yo, no puedes sentir lo que yo siento.

—Sí puedo.

—No, no puedes. Decides simplemente no sentir nada, me invitas a vivir una aventura en California, te olvidas del futuro y ya está todo arreglado.

—No es que esté todo arreglado, pero al menos no es tan horrible como podría ser.

—Mira, Álvaro, tienes razón: la escena de la playa me ha hecho replantearme muchas cosas. Nada de lo que hacemos tú y yo tiene sentido. Te esfuerzas como un loco por ser feliz, pero la vida no es solo eso, ni el amor es eso...

—Oh, vamos Marie, no estropeemos este momento... Piensa en ti y en mí. Aquí y ahora, nada más. Puede que el

mundo esté en guerra, pero nosotros no hemos sido destruidos. Ni siquiera hemos destruido nada.

—No basta con eso, y tú lo sabes. No solo quiero algo más auténtico, también necesito un objetivo en la vida, una ambición...

—¿A qué te refieres? No me digas que ahora te ha dado por empatizar con ese rebaño de *beatniks* para hacer hogueras en la playa.

—No te burles. Sabes muy bien de qué estoy hablando, pero si no puedes digerirlo... Anda, hazte un favor y sirve más vino.

Serví más vino, pero Marie ya no me miraba. Estaba sacándole brillo a su esmalte de uñas con un gesto nervioso característico de ella.

—¿Por qué pones las ostras más grandes en un lado del plato? —preguntó, todavía sin dirigirme la mirada.

—Siempre dejo el bocado que más me gusta para el final.

—Encaja con tu retrato: ¿sabes cuál es el rasgo más característico de la clase media, *Alwin*? —siempre que quería molestarme me llamaba así, *Alwin*—: la capacidad para posponer el placer.

Solté el tenedor alejando la tentación de clavárselo en alguna parte.

—Mira, Marie, ¿por qué no coges tus odios de clase, tus fobias feministas y tus aspiraciones a ser la Marianne de la nueva revolución, y te los llevas a tu pequeño gran país, tan abarrotado de pinguinos bilingües y tan vacío de gente de verdad?

Su respuesta fue quitarme la ostra más grande y deslizarla entre sus labios, como una provocación.

—Tienes razón —exclamó después de apurar otro sorbo de vino—. Canadá no tiene historia... No se puede comparar con el gran estilo del Faubourg Saint-Honoré, tu precioso

«Pays Basque», las bicicletas de Carnaby Street y las latitas perfectas de galletas de jengibre. Vosotros los europeos os situáis en ese escenario y creéis que la historia os salva, pero es mentira. La historia está muerta. Solo el ahora mismo está vivo. ¿Me entiendes? No, no creo que me entiendas...

La entendía, pero se equivocaba: era nuestro «ahora mismo» lo que estaba muerto, porque nuestra historia nunca había estado viva. Me sucedía lo mismo con todas las chicas. Siempre acababa saltando en marcha cuando ya estábamos al borde del futuro. Nos separaba una cosa oscura y bastante monstruosa que no podía definir. Y esa cosa oscura no emanaba de ella, sino de mí.

—Escucha, Marie, hace mucho tiempo yo también creía en casi todo lo que tú crees ahora. Buscaba la autenticidad. Y no volaba sobre una alfombra maravillosa. Pero cometí un error. ¿Sabes cuál? Levanté la alfombra... y me sentí estafado por mis ideales. Entonces acepté mi derrota, solo para sobrevivir. El problema no es mío ni tuyo. Es la época. Toda nuestra generación, todos nos sentimos así.

—Ya, y ahora me vendrás con el rollito de que todo hombre es una isla.

—Hay islas que pueden hundirse y desaparecer para siempre. Yo ya solo lucho para no hundirme. No tienes derecho a ser tan negativa.

—Vale, pues entonces voy a ser muy positiva: pídemme que me case contigo.

Aquella salida de tono estuvo a punto de hacerme soltar una carcajada. Me contuve con ayuda de la servilleta.

—Está bien, Marie, ¿quieres casarte conmigo?

—Por supuesto que no.

—¿Entonces por qué me lo has pedido?

—Igual te lo he pedido para acabar de una vez —dijo, con una voz que trataba de ser normal pero que sonó demasiado áspera—. Mira, Álvaro, yo no quiero hacerte daño, y cuanto más te quiera más daño te haré.

—No es así, dale la vuelta a esa frase y aparecerás tú tal como eres: tú no quieres que yo te haga daño, y si sigo jugando contigo te haré mucho más daño que si tú me rechazas. ¿Es así o no es así?

—¿Sabes por qué me gustas, Alwin? Me gustas porque nunca has estado enamorado, ni de mí ni de nadie, y se te nota hasta cuando haces el amor. Sé que sobrevivirás al dolor de cuando todo termine.

Marie sabía pegar duro, pero yo al menos había desarrollado un gran olfato para el chantaje sentimental. Aquellos ojos grises, penetrantes y siempre sinceros, me hicieron mentir precisamente porque me rogaban que no mintiese.

—Yo no te olvidaré, Marie, nunca te olvidaré.

—Tú me olvidarás a mí y yo te olvidaré a ti.

—Es posible, pero tenemos que seguir viviendo por más triste que sea.

Entonces me devolvió una mirada increíblemente indefensa.

—Tú no sabes qué es la tristeza.

Después de esto, resultaría difícil de creer si escribiera que nuestra primera noche en San Francisco fue algo parecido a una luna de miel. Todavía nos atrevimos a tomar un par de copas en el mismo antro donde un joven desconocido llamado Neil Diamond comenzaba a triunfar con su «I am a believer». La gente se mecía batiendo palmas al compás, yo ni siquiera me molesté en llevarlo con mi cigarrillo. No hubo protestas por ninguna de las dos partes cuando pasó ante nosotros el tranvía

de Market Street. Bastó un cruce de miradas para que saltáramos al pescante. Pese a que no era una hora demasiado temeraria, recién cumplida la medianoche, el vagón se veía medio vacío. Media docena de trabajadores cansados con sus fiambreras sobre las rodillas, un par de adictos a los vinilos de Rita Coolidge, y, en la siguiente parada —Palo Alto—, un tipo de lo más novelesco que se plantó agarrado a la barra justo a un palmo de nuestros asientos.

Veníamos advertidos. Ya sabíamos que además de *beatniks* y *hippies*, en esta ciudad te puedes cruzar con hombres que llevan un impecable traje de ejecutivo pero van descalzos y con un casco de jugador de rugby en la cabeza, o con chicas en *top-less* y patines que reparten publicidad de una congregación de monjas zen. Pero ese tipo era especial. A primera vista, me recordó a aquel cosmonauta soviético de la Soyuz-2 que acabó perdido en el espacio. Para no verse obligada a reconocer el error, la KGB borró todas sus huellas y la familia fue desterrada a Siberia. Y la verdad es que lo parecía. Un gigante de cráneo afeitado y mirada perdida, cubierto con un gabán que le llegaba casi hasta los pies y arrastrando un carrito de ruedas donde debía llevar todas sus pertenencias. El tipo hablaba solo, bueno, más que hablar parecía llevar una atormentada conversación consigo mismo que acompañaba con una gesticulación constante, brusca, casi agresiva. En eso, de uno de los bolsillos interiores de su gabán sacó una estampa de alguna virgen, y su monólogo se convirtió en una especie de oración salvaje. Repetía su mantra una y otra vez, cabeceando como un penitente con los ojos cerrados, se ponía la estampa en la frente, sobre sus párpados, sobre sus labios, y mientras la besaba se golpeaba el corazón con el puño.

Daba un poco de miedo, como esos infiernos de El Bosco en los que lo sagrado y lo diabólico se mezclan sin orden alguno, y donde solo la palabra caos parece poner las cosas en su sitio. O por decirlo directamente, como si estuviera cargándose de una energía muy negra para cometer una atrocidad que podía comenzar, sin ir más lejos, por nosotros mismos. Marie contaba las paradas que nos faltaban para llegar al hotel mordiéndose el labio. Yo intenté racionalizar la situación para no ponerme más nervioso, pero me costaba disimularlo. A falta una parada, nos pusimos en pie, inevitablemente junto al gigante. Y, en fin, tan pronto como se abrieron las puertas, bajamos a una calle desierta y en completa oscuridad. Naturalmente, el gigante también se apeaba allí. Nosotros nos encaminamos hacia la derecha, cruzando los dedos para que aquel pirado hubiera elegido la dirección contraria. Pero no. El chirrido de su carrito nos decía bien claro que caminaba a nuestra espalda. Por todos los santos, ¿dónde estaban los polis que habían sembrado el pánico en la playa de Venice? Ya solo faltaba que Marie enganchara su bolso con un parquímetro. El semáforo también puso de su parte para incrementar la tensión. Se mantuvo verde hasta que llegamos a su altura, y justo en ese momento, viró al rojo. Entonces sentí una manaza sobre mi hombro. No sé con qué cara me volví, pero el gigante sonrió al verme:

—No se asusten —dijo, con un marcado acento extranjero—, yo mismo soy el infierno, no hay nadie más en toda la ciudad. Pero en la oscuridad hablo el lenguaje de Dios. Y sé que va a ser destruida.

—Pues fíjese, nosotros acabamos de llegar para quedarnos una temporada... Debe ser nuestro día de suerte.

—No, vayan tranquilos, la gran destrucción no sucederá todavía...



El semáforo permanecía imperturbable, cruelmente rojo, y los coches no dejaban de pasar a una velocidad endiablada. Intenté ganar tiempo siguiéndole la corriente.

—¿... Y podría decirnos cuándo será eso? Lo digo por ir haciéndome una idea.

—Lo siento, pero eso no va a ser posible. Cuando haya publicado mi libro, ustedes y el resto del mundo lo sabrán todo. Por el momento debo mantenerlo en secreto.

—Información reservada.

—Exacto. Alto secreto.

—Lo lamento.

—No, no lo lamente y disfrute de esta noche. No falta mucho para que acabe de ordenar mis descubrimientos. Siete cataratas de fuego caerán del Cielo sobre la Tierra. La Nueva Atlántida desaparecerá bajo las aguas. Solo se salvarán aquellos en quienes los viejos dioses reconozcan su sello.

Al fin el semáforo cambió al verde. Cuando cogí la mano de Marie, noté que estaba temblando.

—Disculpe, pero nosotros nos retiramos ya —exclamé indicando los neones de nuestro hotel—. Ha sido una jornada agotadora, y comprenderá que necesitamos dormir un poco... Espero que las trompetas del fin del mundo no nos despierten demasiado temprano.

El gigante volvió a sonreír a su manera tenebrosa.

—Lo comprendo —dijo, y se puso a revolver el interior su carrito—, pero permítame que les haga un pequeño regalo.

—No es necesario... —insistí temiendo que el semáforo volviera a traicionarnos.

—Tenga. Es un manuscrito muy valioso, el manuscrito original de Víctor Barrantes. Yo ya no lo necesito, lo tengo todo aquí —añadió, dándose unos golpecitos en la sien con ese puño brutal—. Yo también estuve en Creta en el 43, sí, yo tam-

bién estuve cara a cara con el Minotauro. Desde entonces lo siento agazapado dentro de mí, me destroza por dentro...

Hubiera supuesto una grave ofensa rechazar su ofrecimiento. Lo acepté tirando de Marie para atravesar el paso de cebra. El gigante no se movió. Sus últimas palabras llegaron como un cuervo de vuelo lento que viniera a posarse sobre mis hombros:

—Acepta tu destino, hermano. Solo así algún día encontrarás un hueco en la oscuridad, una salida en el laberinto...

Ya no volví la vista atrás, pero mi vida cambió para siempre a partir de esa noche. Las grandes historias solo les suceden a los que se creen capaces de contarlas, dijo alguien alguna vez. De la misma manera, quizá las grandes experiencias únicamente se presentan a quienes están preparados para vivirlas hasta sus últimas consecuencias.